



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

# Agora

DE PAPEL

# El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 10 DE SEPTIEMBRE DE 2017

Olga de León/Carlos Alejandro

## Dos miradas a la superficie del espejo

EL ESPEJO QUE SE NIEGA  
A DEJAR DE EXISTIR  
OLGA DE LEÓN

Cada mañana le echaba una mirada, sin intención de fijar los ojos sobre la superficie que detrás permanecía aún perfectamente plateada a pesar de los más de cuarenta años de vida. Confirmaba que la herencia estuviese allí, y el espejo limpio.

Eso sucedía todos los días entre semana, era parte de su rutina al levantarse, entraba al baño, cepillaba sus dientes y se encaminaba afuera de la alcoba. No había otro camino para salir del cuarto, así que giraba el cuello y trataba de verse en el espejo, solo de reojo; no quería confirmar que ese día había amanecido con una arruga más en el rostro, que más cabellos blancos asomaban entre los castaños, o que estaba algo más rellenita o enflaquecida; todo depende del espejo que nos mire, solía decir....

Pero los sábados y domingos se recetaba un descanso extra: se levantaba tarde y no necesariamente entraba primero al baño, pues ya lo había hecho tres o cuatro horas antes, con los ojos aún sin abrir totalmente y como automática: entraba y salía de la toilette para volver a la cama.

Esa mañana, sin embargo, fue diferente. No se vio de reojo, se paró frente de él y se quedó -paralizados sus movimientos- viendo con el rostro impávido lo que el espejo le regresaba. Nada le habría extrañado o causado alguna exclamación inevitable -como finalmente así sucedió-, de no ser porque nada vio. Nadie la miraba desde la pulida y brillante superficie del frente del espejo y que sabía atrás estaba plateado. Su figura, su imagen no estaba allí, no se reflejó en el espejo.

Pudo ver los objetos que estaban detrás de ella: la cama, una cómoda, el buró junto al lado de la cama en donde dormía con el radio reloj despertador encima, un cuadro... Pero, a ella misma, no; no se vio.

Estiró el brazo derecho y acercó cuanto pudo su mano e intentó tocar ese objeto que ahora no la proyectaba.

De pronto, todo fue que sus dedos lograran sentir la magia de la superficie para que empezara a dudar, no solo de que fuera un espejo, sino incluso de que ella existiera. Cuando primero sus dedos, luego la mano, el antebrazo hasta el codo y finalmente todo su cuerpo entró en aquella dimensión increíble; en eso... que debía ser un espejo, o lo fue hasta antes de esa mañana, y supo que era real: jempézaba a dejar de ser!

A esa hora, ya nadie estaba en la casa; aunque, tal vez sí la chica que iba a ayudarlo con el aseo, estaría barriendo y recogiendo las hojas y las flores ya marchitas o secas de sus "Patatas de Vaca", que por esa época del año empezaban a desprenderse -cómo le gustaban esas flo-



res lila- y se volvían alfombra sobre el pavimento.

En el trabajo nadie le extrañó durante toda la semana, ni la que le siguió a esa ni las cuatro o cinco posteriores. Eso pensaba, mientras trataba de salir del espejo que la había atrapado. Pero seguía viva, lo sabía, porque seguía pensando y recordando.

No supo por qué justamente ese suceso, pero lo recordó entonces en su lucha por salir, por ser y seguir en el qué hacer para seguir siendo, recordó que una colega tres años atrás había fallecido. "Un infarto, maestra...", diría una de las secretarías, al tiempo que le recomendaba no subiera escaleras apresuradamente, porque llegó agitada aquella tarde. "Igual, venía a entregar calificaciones ese día, la maestra Blanquita. ...luego supimos que murió tres días más tarde".

Con suave firmeza, suplicó: ¡por favor!, no se refieran a ella en diminutivo, nos pidió en un SADI, ¡justo en el de Montse!, que la llamáramos Blanca. Las gentiles secretarías callaron, quizás entendieron... seguramente sí.

Qué sucedió aquel día, cuál fue el embrujo del espejo que una mañana a mi amiga del alma la sorprendió con el rechazo, la desocupación: el dejar de ser... ¡No, no lo creo! Ni la sorprendió ni la atrapó. "La injusticia no me doblega, menos un mal sueño", solía decir; y eso era lo que pensaba, justo detrás del espejo... mientras lo limpiaba.

A LAS DIEZ DE LA MAÑANA SIGUIENTE  
CARLOS ALEJANDRO

Eduardo Lago

## Muere John Ashbery

Las palabras introductorias de una entrevista que concedió a este diario en 2004 con motivo de la traducción al español de Pirografías, antología mayor de sus poemas, cobran hoy un valor inusitado: "Considerado el más grande poeta vivo de su país, John Ashbery representa lo mejor de una América que, en los enrarecidos tiempos que corren, resulta fácil perder de vista: la América democrática, fundada sobre una fe inquebrantable en las libertades cívicas e individuales. No en vano, su verbo formidable hunde directamente sus raíces en el legado de Walt Whitman, el cantor de las multitudes que supo dar cabida en su poesía a la totalidad de lo real". John Ashbery era un poeta esencialmente elusivo y misterioso, pero que había heredado de su más remoto maestro, Walt Whitman, la capacidad para hablar directamente a la gente de la calle, sacudiendo gozosamente sus incertidumbres y logrando una inmediata comunicación celebratoria con quien se acercaba a él. Autor de más de treinta poemarios, su libro más revolucionario, Autorretrato en un espejo convexo (1975, el título procede del de un cuadro de Parmigianino), obtuvo los tres premios más prestigiosos

de Estados Unidos, el Pulitzer, el de la Crítica, y el Nacional del Libro. Paul Auster, que siempre le profesó una admiración sin límites, explicó así el enigmático poder de su palabra: "Pocos poetas poseen hoy día su misteriosa habilidad para socavar nuestras certidumbres, para articular tan plenamente las zonas más ambiguas de nuestra conciencia". Muchos años antes, cuando Ashbery era un perfecto desconocido y cayó en manos de W. H. Auden el manuscrito de Unos árboles, su primer libro, el poeta angloamericano tuvo una curiosa reacción a dos tiempos. Primero afirmó no haber entendido una sola palabra. Tras dejarse llevar por lo que se le escapaba, se sumergió en el texto sin poner trabas y al concluir celebró el hallazgo declarando: "Solo es merecedor del título de poeta quien sepa regresar a las regiones de lo sagrado. [...] De Rimbaud a Ashbery la imaginación sigue aferrada a los valores de lo mágico". Coronando la opinión de los mejores conocedores de la poesía estadounidense de nuestro tiempo, Harold Bloom, que consideraba que Ashbery era el mejor poeta de su generación, escribió en una ocasión: "Hoy día no hay ningún poeta en lengua ingles-

del artista que plasma un mensaje ancestral, no es más que la definición privada del artista; es decir, una codificación profética para alcanzar cualquier objetivo que haga uso intensivo de simultaneidades semióticas de la palabra y del color, logrando hacer hablar a una comunidad de hormiguitas robotizadas".

No era que Gallegos se desvolviera con naturalidad en el lenguaje de la Teoría Crítica, sino que toda aquella verborrea le brotaba de manera natural: de los dedos, no tanto de su mente, sino de los mismísimos dedos que golpeaban el teclado doce horas antes de las diez de la mañana siguiente, en la laptop de su madre.

Pudo completar la tarea esa misma noche y escribirle a Bety: "Además de mi semblanza, envío la propuesta de título "Constante" para la exposición. Por favor dile al hombre este, al galerista, que ahorita me encuentro en Monterrey organizando otra exposición y que los detalles de la instalación se los envío más adelante, ya que regrese a Chihuahua. PD: Tal vez el señor te pregunte si efectivamente estudié un posgrado en ingeniería eléctrica, dile que sí; pero por favor, no le digas que no soy pintor. PD de la PD: Necesito que esculpas tu cuerpo y te pongas bien flaca para que me acompañes a una reunión muy importante en octubre, donde habrá mucha comida. Abrazo."

Muy temprano, horas antes de que dieran las diez de la mañana siguiente, Gallegos desayunó con otra amiga de la ciudad que visitaba, alguien que había intentado, sin éxito: ser empresaria, burócrata y maestra. Por algo, a Gallegos le agradaba su compañía: Quizás se sentía identificado. Terminaron el café y decidieron visitar la casa del padre de ella.

Al toparse con una fotografía enmarcada y colgada en la pared familiar, Gallegos encontró un parecido espectacular entre su amiga regiomontana y Bety: Ambas eran adictas a cerrar los ojos frente a la cámara fotográfica, y entendió que ambas se negaban a ser conscientes de la inutilidad de sus esfuerzos, de sus empeños por hacer una carrera. Bety había intentado ser promotora cultural, directora de grupos musicales y masajista con filosofías orientales. Nada le había funcionado; y ahora que se había transformado en representante de artistas plásticos...

Minutos después de las diez de la mañana siguiente, sonó el teléfono de Gallegos. Era Bety, que ya no creía en la pintura, que sus pasiones estéticas se movían al cine. "¿Y el tiempo que hemos invertido en esto?", preguntó él. No hubo respuesta. El silencio fue un puente que le permitió cruzar el tiempo, una curva de trabajo acumulado que, en realidad, Gallegos no entendía, que no le servía de nada. "Bueno", pensó para sus adentros, "tal vez sea tiempo de explorar la danza..."

sa que tenga más posibilidades que Ashbery de sobrevivir el severo juicio del tiempo. Está destinado a formar parte de la insigne estela de poetas que incluye a Walt Whitman, Emily Dickinson, Wallace Stevens y Hart Crane".

John Ashbery nació en Rochester, Nueva York, en 1927, y repartía su tiempo entre su apartamento del barrio neoyorquino de Chelsea y una vivienda a orillas del Hudson, lugares en los que compartía sus días con su esposo, David Kermani. Se crió en una granja rodeada de manzanos, donde su mayor fascinación era ver nevar, motivo que cristalizó en la composición de su primer poema, a los ocho años. Desde entonces, lanzó sus versos al vacío sin saber dónde podían caer. Uno de ellos, Saliendo de la estación de Atocha, acabó siendo el título de la primera novela de Ben Lerner. La música, el arte abstracto, el lenguaje de la naturaleza y el habla impersonal, que pertenece a todos, con sus clichés y frases hechas, eran los ingredientes esenciales de su poesía. Pero también lo era su contrario: el reverso del ruido, la música y la palabra, es decir el silencio. Para Ashbery, no había mejor definición de poesía que la que formuló John Cage: "No tengo nada que decir y lo estoy diciendo y eso es poesía".



Ernesto de la Peña

Ernesto de la Peña, es recordado este 10 de septiembre al cumplirse un lustro de su muerte.

El humanista, lingüista y especialista en temas de religión nació un 21 de noviembre de 1927 en la Ciudad de México; sufrió la pérdida de su madre y fue adoptado por el medio hermano de ella, el doctor Francisco Carlos Canale, poseedor de una vasta biblioteca y quien le enseñó griego.

Cuando De la Peña ingresó a la Academia Mexicana de la Lengua, el 14 de enero de 1993, nombró como su "padre por el espíritu" a Canale, quien también fue miembro de la académica por casi 20 años.

Entre las traducciones más destacadas de De la Peña se encuentran textos de Anaxágoras, Hipócrates, Rilke Nervan, Paul Valéry, Allen Ginsberg, y T.S. Eliot, además de ser colaborador de la Enciclopedia Dantesca, editada en Italia, entre otras publicaciones de México.

También fue Perito Traductor Oficial de la Secretaría de Relaciones Exteriores, reconocido por el Tribunal Superior de Justicia del Distrito Federal y por el Tribunal Fiscal de la Federación.

Realizó estudios de chino y sánscrito en el Colegio de México (COLMEX) y en la UNAM se desarrolló como traductor de griego y latín.

Fue miembro del Consejo de Ópera del Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA) y miembro del Consejo Consultivo del Archivo General de la Nación.

De la Peña fue acreedor del Premio Xavier Villaurrutia en 1988 por su libro de cuentos "Las estratagemas de Dios", y del Premio Internacional Meléndez Pelayo en 2012, entre otros.

Fungió como locutor de radio en distintos programas como "Testimonio y celebración" o "Al hilo del tiempo", entre otros; usó el espacio para la difusión cultural y la reflexión de distintos temas como literatura, historia o filosofía.

Entre sus publicaciones destacan su novela "El indeleble caso de Borelli" (1991), los libros de poemas "Palabras para el desencuentro" (2005), "Poemas invernales" (2015), de igual forma, colaboró con la de la Academia Mexicana de la Lengua para desarrollar el "Diccionario de Mexicanismos".

En 2003 recibió el Premio Nacional de Lingüística y Literatura y el 25 de octubre de 2007 recibió un homenaje de la Academia en una ceremonia realizada en el centro de cultura Casa Lamm

El insigne personaje de la cultura mexicana al que nada de lo humano le fue ajeno y cuya curiosidad intelectual no concibió límites falleció el 10 de septiembre de 2012, debido a una afectación cardiorrespiratoria, en su domicilio ubicado en la Ciudad de México.

ad pēdem literae

"Dibujar es la sinceridad enmascarada en una pirueta."

Claude Serre

Letras de buen humor

"La diversión es como un seguro, cuanto más viejo eres más te cuesta."

Friedrich Schiller